

Vivimos la misión como discípulas de Jesús en un mundo en cambio

Somos *discípulas de Jesús*, llamadas a seguirlo y a colaborar con él en su *misión* de construir el Reino desde el Carisma. Bonifacia y Butinyà escucharon la llamada en su momento y respondieron con ilusión y radicalidad. De la misma manera, nosotras hoy estamos llamadas a seguirlo y a vivir la misión en los nuevos contextos en los que nos encontramos, inmersas en *un mundo que está en continuo cambio* y evolución, y en el que queremos responder, como ellos, con pasión y audacia.

Caminando hacia una conciencia global, ecológica y solidaria

Además de ser un mundo en cambio, es un mundo global, en interconexión. Lo que ocurre en una parte del mundo tiene repercusión en las otras. Los problemas globales afectan a nuestros entornos locales. Por eso no podemos vivir al margen de lo que está pasando en el resto del mundo. Necesitamos cultivar una *conciencia global* que nos ayude a comprender el mundo como una realidad interconectada, en la que no solo es importante lo que ocurre sino cómo afecta y qué implicaciones tiene en la vida de los seres humanos y de la naturaleza. Esta conciencia de globalidad nos ayuda a hacernos más conscientes de las repercusiones de nuestras acciones y nos lleva a una responsabilidad social, a una conciencia ética; nos hace estar más atentas a nuestra forma de vivir, de pensar y de actuar, y nos invita a empezar de nuevo de otra manera y con el compromiso de trabajar por un mundo mejor que, en definitiva, es colaborar con otras personas y entidades para que la nueva vida, el nuevo cielo y la nueva tierra, que Jesús el Resucitado nos ha prometido, se haga realidad.

Nuestra forma de vivir no solo afecta a las personas, sino también al medioambiente. Y lo que afecta al cosmos nos afecta a las personas, porque somos parte de la red de la vida. Por eso, necesitamos cultivar una *conciencia ecológica* que nos ayude a reconocer en el universo la interconectividad de la vida y la necesidad de cuidar la tierra como nuestra casa común. Como dice Ilia Delio en su libro *El Cristo Emergente* (2011), esto significa ser conscientes de que no podemos consumir cantidades excesivas de recursos vitales, porque compartimos este planeta con los demás seres creados. Tener *conciencia ecológica* es asumir que somos dependientes de la naturaleza y también responsables de su conservación. Ignorar esto equivale a autodestruirnos, porque al degradar el medio ambiente empeoramos nuestra calidad de vida y ponemos en peligro el futuro de las generaciones siguientes.

La situación del mundo, que es cada vez más compleja, requiere respuestas globales y multidisciplinares. Conscientes de los problemas que padecen la naturaleza y la humanidad, no podemos permanecer indiferentes frente a tanto dolor y sufrimiento; necesitamos sumarnos a las múltiples iniciativas que existen a nuestro alrededor y en la sociedad en general. Esta realidad del mundo nos urge a una solidaridad global que requiere de nosotras una *conciencia solidaria*.

(Extracto de la carta de Lillian Ocenar a la Congregación el 7 de abril de 2016)